

LA ARMERIA REAL DE MADRID.



Escudo que se cree perteneció al emperador Carlos V.

El edificio que contiene el depósito real de armas en Madrid, construido por Gaspar de la Vega, arquitecto de Felipe II, se halla situado enfrente de una de las fachadas del palacio real, edificio de construcción moderna, levantado en el mismo sitio que ocupaba el antiguo alcázar. La armería real se fundó reuniendo las mejores armas que existían en Simancas ó Valladolid, con las cuales se formó la más hermosa, ya que no la más numerosa colección de este género que existe en Europa. Las armas se hallan colocadas en dos hileras á los dos lados de una larga galería en cuyo fondo se destaca la estatua de San Fernando armado; y en el centro hay armaduras completas puestas en caballos de madera para figurar los personajes. En las últimas discordias civiles han desaparecido algunas piezas preciosas, entre las que se cuenta el magnífico escudo cuyo dibujo damos al frente de este artículo. La divisa, *Unica esperanza de una vez tardía*, es alusiva al mérito de los es-

cudos y broqueles, que consiste en resguardar y prolongar la vida. Los animales simbólicos que ocupan el centro del escudo, manifiestan las victorias ganadas por la España ó el emperador contra los africanos: la cigüeña imperial y coronada devora al dragón ó serpiente alada, y las dos escenas históricas, parece quieren representar la toma de Granada y la de Túnez. A juzgar por el carácter y esquisita delicadeza y hermosura del trabajo, no cabe duda que ese escudo es una obra del XVI siglo, y se cree perteneció al emperador Carlos Quinto, príncipe á quien le gustaban estremadamente las buenas armas, y que conservó una colección hasta en el monasterio de San Yuste. También se cree le perteneció otro broquel de la armería real, atribuido á Benvenuto Cellini, dorado casi del todo y que representa en sus cuatro cuarteles el combate de los Centauros y los raptos de Dejanira, de Elena y de las Sabinas. M. Achille Jubinal, escritor distinguido y célebre

en las letras, por sus esquisitas investigaciones literarias, ha sido el primero que ha dado á conocer en Francia los tesoros inapreciables que encierra la armería real de Madrid. La magnífica obra que M. Jubinal ha dado á luz, al indicado objeto, es una riquísima coleccion de antigüedades escogidas y clasificadas por una mano hábil y entendida, es un monumento artístico y científico á la vez del mas alto precio, por el cual M. Jubinal merece el parabien de todos los que, como nosotros, se interesan en las glorias de la España. Aprovechamos esta buena ocasion de rendir este homenaje á M. Jubinal, hoy que tomamos de su obra los cortos pormenores de este pequeño artículo.

LA JUSTICIA Y LA CARIDAD.

POR M. VICTOR COUSIN.

(Véase nuestro n. 7.)

SEGUNDA PARTE.

DE LA CARIDAD.

La ley fundamental consiste en respetar la libertad de nuestros semejantes, ley precisa en su declaracion y temible en sus consecuencias, porque toda infraccion á la ley perjudicando á los demas, es perjudicial á la ley misma, y conduce al envilecimiento y á la miseria. Cumpliendo el hombre con esta ley llena su deber en la tierra, aunque no por eso cumple su destino, ni alcanza á los últimos límites de la belleza moral.

Mas de una vez se han visto grandes hombres que han hecho mucho mas que respetar la libertad del prójimo, y defender la suya propia, presentándose en el mundo como campeones de la libertad de sus semejantes. Decio habria cumplido con la ley, si hubiese muerto tranquilamente en medio de sus conciudadanos sin haber perjudicado á ninguno, pero hizo mas, que fué sacrificarse por ellos; y podria citar ejemplos de sacrificios mas recientes, en teatros ménos brillantes, donde el instinto moral enjendra á menudo un heroísmo, grande en razon de su oscuridad.

Así pues, si es cierto que la obligacion de no perjudicar jamas la libertad de los demas es inviolable é imprescriptible, en ciertos casos un instinto superior á la ley, (que es en la moral lo que el jenio en las artes) traspasa los límites de la ley, y se lanza del desinterés al sacrificio, de la justicia á la caridad.

El desinterés y el sacrificio son virtudes de un órden diferente; uno puede definirse y otro no. Voy á presentar una prueba patente de esta diferencia. Cuando un hombre desobedece á la ley que impone el respeto de la libertad de los demas, la sociedad amenazada tiene el derecho de tomar contra el delincuente las medidas mas eficaces; porque la ley del respeto de la libertad que es la justicia, lleva consigo el derecho de violencia. Léjos de eso, la ley del sacrificio no admite la menor violencia. Ninguna ley humana obligó á Decio á sacrificarse, ninguna ley humana condena al heroísmo; pero el jénero humano premia con coronas y altares el martirio de los héroes que sucumben.

A vosotros que teneis hambre yo debo socorrerlos, pero sin embargo no teneis el derecho de exijirme la mas mínima parte de mi fortuna, y si me quitais un óbolo, cometeis la mayor injusticia. En este punto existen deberes que no tienen derechos correctivos.

El sacrificio es en cierto modo superfluo, es el exceso de la moral, mientras que el desinterés, la probidad, y la

justicia son la moral obligatoria por excelencia, y por lo tanto el objeto del derecho propiamente dicho.

¿Pero cuál es, pues, ese instinto, esa ley superior á todas las leyes escritas, á todas las definiciones, á todas las fórmulas rigurosas del derecho y del deber? Esa ley se manifiesta por la conciencia y esa es su única promulgacion, siendo tan pura que apenas se la nota, y solo despues de la accion, y reflexionando bien, se conoce que la inspiracion nos ha venido de algo mas grande que la libertad, que es el aliento divino que penetra en el alma y la eleva sobre las leyes ordinarias. *Est Deus in nobis agitante calescimus illo.*

Si existe en cada uno de nosotros este admirable principio, también debe existir en ese gran individuo que se llama la sociedad, y en el gobierno que la representa. Si; el gobierno de una sociedad humana es también una persona moral; tiene un corazon como el individuo, tiene jenerosidad, bondad, y caridad; hay hechos legítimos y admirados de todos, que no pueden esplicarse reduciendo la funcion del gobièrno solo á la proteccion de los derechos. El gobierno debe á los ciudadanos, hasta cierto punto, la guarda de su bienestar, y el desarrollo de su intelijencia y moralidad.

Pero no obstante, la ley que coloca el mal al lado del bien, y condena las mejores cosas á los peligros que acarrea el abuso, está también impregnada de un espíritu de caridad. Entonces es cuando puede aplicarse la triste máxima, de que, lo peor de lo que existe, es la corrupcion de lo mejor. La justicia encerrada en sí misma esclusivamente y desentendiéndose de la caridad, dejenera en una sequedad insoportable; ¿por ventura cuando vemos padecer á un desgraciado, podemos satisfacer nuestra conciencia con la conviccion de que no hemos podido socorrerle? No; hay algo que nos dice que seria una obra meritoria el darle pan, socorros y consuelo. Y si así es, ¿la caridad no puede tener también esos peligros? La caridad pretende substituir su accion propia, á la del que quiere servir; borra un poco su personalidad, haciéndose en algun modo su providencia: para ser útil á los demas se impone á ellos, corriendo el riesgo de atentar á sus derechos. El amor que se entrega se esclaviza. Sin duda no nos está prohibido influir sobre los demas, y podemos hacerlo siempre por la oracion y la exortacion, como también por la amenaza; y cuando vemos á uno de nuestros semejantes empeñarse en una accion criminal ó insensata, hasta tenemos el derecho de emplear la fuerza, porque la pasion quita la libertad y hace desaparecer la persona. De este modo podemos y debemos impedir, por la fuerza, el suicidio de uno de nuestros semejantes. El poder legítimo de la caridad se mide por la mas ó ménos libertad y razon de aquel á quien se aplica. ¿Cuanta delicadeza no es menester para practicar esta peligrosa virtud! ¿cómo podremos apreciar con bastante exactitud el grado de libertad que posee aun uno de nuestros semejantes, para saber hasta donde se le puede substituir en el gobierno de su porvenir? Y cuando, para servir á un alma débil uno se apodera de ella; ¿quién está bastante seguro de sí mismo para saber detenerse á tiempo, para no pasar del amor de la persona dominada, al amor de la dominacion misma? La caridad es frecuentemente el principio ó la disculpa, y siempre el pretexto, de grandes usurpaciones. Para tener el derecho de abandonarse al impulso de la caridad, se necesita que el hombre se haya asegurado mucho en ella, mediante un largo ejercicio de la justicia.

La justicia, el respeto y el sosten de la libertad, es la grande ley de la sociedad; aunque no es la justicia la única ley moral. Hemos manifestado ya que al lado de esta ley hay otra que no obliga únicamente á respetar los derechos de los demas, sino que nos impone el deber de aliviar todo jénero de miserias, y de ayudar á nuestros semejantes, hasta con perjuicio de nuestra fortuna y bienestar. Examinando el principio de la mas pequeña limosna, se ve que no puede basarse únicamente en la justicia, porque la pequeña suma de dinero que se da como por deber á un desgraciado, este no tiene el derecho de exigirla. Hemos hecho de la justicia el principio fundamental y la mision especial del estado; pero es absolutamente imposible el no establecer tambien en la sociedad un poco, por lo ménos, de ese deber de la caridad que habla tan enérgicamente á todo corazon humano.

Voy á indicar aquí algunos deberes de la caridad civil, patentes y exentos de todo peligro.

1º El Estado debe á los ciudadanos postrados por la desgracia, ayuda y proteccion para la conservacion y desarrollo de su vida física, y de aquí la utilidad y aun la necesidad de las instituciones de beneficencia, voluntarias, privadas, ó públicas si se quiere, ó formadas con la intervencion del Estado en ciertos limites que es imposible determinar de una manera jeneral y absoluta para casos que varían y son diferentes. Sin multiplicar hasta el abuso los hospicios para la infancia desamparada, para los enfermos y los ancianos sin recursos, es menester guardarse bien de proscribirlos, como lo exige una estrecha y cruel economía política.

2º El Estado debe dar tambien á quien tiene menester, ayuda y proteccion, en el desarrollo de su vida intelectual. Dios ha querido que toda naturaleza intelijente produzca sus frutos. El Estado es responsable de todas las facultades que parecen víctimas de una opresion brutal. La caridad ilustrada debe dar á todos esa primera instruccion que impide al hombre el que decaiga de su naturaleza, descendiendo de la clase del hombre á la del animal.

3º Debe ademas á todo ciudadano, ayuda y proteccion en el desarrollo de su vida moral. El hombre no es solamente un ser intelijente, es un ser moral, es decir, capaz de practicar la virtud; y la virtud mas bien que el pensamiento es el objeto de su existencia. El Estado debe pues á la sociedad la educacion de los niños, en escuelas públicas ó privadas, y tiene el deber de socorrer á aquellos á quienes la pobreza puede privar de ese gran beneficio: el Estado debe abrir á la juventud las escuelas propias á sus necesidades, teniéndoles en ellas hasta que sepan lo que es Dios, el alma, y el deber, porque la vida humana, sin estas tres cosas bien comprendidas, no es mas que un enigma doloroso y pesado.

4º La caridad interviene hasta en la pena de los crímenes, porque el derecho de castigar va junto con el deber de corregir. El hombre culpable es al cabo un hombre, y no una cosa de la cual uno se debe desembarazar, en cuanto perjudica, no una piedra que cae sobre nuestra cabeza y tiramos al abismo, á fin de que no dañe á nadie. El hombre es un ser razonable, capaz de comprender el bien y el mal, de arrepentirse, y de reconciliarse un dia con el orden.

En resumen, respetar los derechos de los demas y hacer bien á los hombres, es á la vez justo y caritativo, y en eso consiste la moral social y los dos elementos que la constituyen. Hé ahí porque la revolucion francesa que ha corre-

jido y desarrollado los progresos de la filosofía moral y política, despues de haber escrito en su bandera las palabras libertad é igualdad, ha unido el gran nombre de la fraternidad, que sucesivamente ha desarrollado las virtudes mas sublimes, y por el contrario ha servido tambien de pretexto á las mas horribles tiranías.

Por haber confundido estas dos partes de la moral es por lo que los mas grandes moralistas han abrazado las teorías exclusivas, todas falsas y peligrosas. Así hemos visto á Smith que, despues de haber descubierto y espuesto las leyes naturales de la produccion y de la riqueza, agotado por ese gran esfuerzo, se detuvo, y optó por un gobierno casi sin mas funciones que las de un comisario de policia. lo hemos visto que no admitiendo otro principio que el de la libertad del trabajo, es decir la justicia, condena las instituciones mas necesarias y bienhechoras, abriendo la puerta, sin querer, á una economía política sin grandeza y sin entrañas.

Por otra parte, me apresuro á reconocer que la justicia, mas bien que la caridad, constituye el fondo imperecedero de toda sociedad.

Los derechos y deberes del hombre son tan antiguos como el hombre, á pesar de ser reciente su declaracion.

El verdadero mundo del hombre es el de la libertad, y su verdadera historia no es otra que el progreso constante de la libertad mejor comprendido cada vez de jeneracion en jeneracion, estendiéndose siempre en el pensamiento del hombre, hasta que de época en época llegue aquella en que todos los derechos sean conocidos y respetados, y en que, por decirlo así, se manifieste la esencia misma de la libertad.

La filosofía de la historia nos enseña, á través de las vicisitudes que elevan y precipitan las sociedades, los pasos continuos de la humanidad hácia la sociedad ideal de que hemos hablado, y que seria la completa emancipacion de la persona humana, el reinado de la libertad sobre la tierra. Esta sociedad ideal no se realiza jamas de una manera absoluta, porque todo lo que es ideal se altera realizándose, pero aun así, ese mismo ideal es el que hermosea cuanto toca, es un rayo de la verdadera sociedad, que, penetrando en las diversas sociedades que se suceden, les comunica de mas en mas algo de su grandeza y de su fuerza.

Hace tiempo que el mundo descansa bajo una forma de libertad que le basta, forma que no se establece ni se sostiene sino en tanto que es conveniente para la humanidad. Jamas hay opresion entera y absoluta, ni aun la hubo en las épocas pasadas que nos parecen hoy tan oprimidas; porque en último resultado, ningun estado de sociedad es duradero sin el consentimiento tácito de la sociedad misma. Los hombres no desean mas libertad de la que conciben, y todos los despotismos se fundan en la ignorancia mas bien que en la bajeza. Así, sin hablar del Oriente donde el hombre desde que nace tiene apenas el sentimiento de su ser, es decir de la libertad, en Grecia, juventud del mundo donde la humanidad principió á moverse y á conocerse, la libertad naciente era bien débil todavia, cuando ya las democracias se contentaban con ella. Pero como está en la esencia de toda cosa imperfecta el aspirar á perfeccionarse, toda forma parcial no dura mas que un tiempo limitado, dando lugar á otra forma jeneral que, destruyendo la primera, desarrolla su espíritu; porque solo el mal es perecedero. En la edad media, en que poco á poco la esclavitud fué sucumbiendo con el Evangelio, se ha poseido mas libertad que en el antiguo mundo.

Hoy, nos parece una época de opresión, porque no bastándole al respeto humano las libertades de que gozaba entonces, el querer encerrarle en ellas, sería ejercer contra él una opresión verdadera. Pero la prueba de que el género humano no se hallaba oprimido en la edad media, es que consintió en vivir bajo aquella forma de sociedad. Las formas de la sociedad, cuando convienen, son inalterables, y el temerario que se atreva á tocarlas se estrella contra ellas; pero cuando una forma social ha envejecido ya, cuando se conciben y se piden mas derechos de los que se poseen, cuando lo que era un apoyo se ha vuelto un obstáculo; cuando en fin el espíritu de libertad y amor se retiran de la forma que fué poderosa y adorada, el primero que toca á ese altar vacío del dios que lo animó, lo destruye con facilidad reduciéndolo á polvo.

Así va el género humano de forma en forma, de revolución en revolución, caminando sobre ruinas, pero sin pararse nunca. El género humano, como el universo, no continúa viviendo sino por la muerte, pero esta muerte es una nueva vida. Las revoluciones, consideradas de este modo, no pueden consternar á los amigos de la humanidad, porque mas allá de las destrucciones momentáneas, se distingue una perpétua renovación; porque asistiendo á las tragedias mas deplorables, se conoce su feliz desenlace, y porque viendo declinar y caer una forma de la sociedad, se cree firmemente que la futura, sean cualesquieran las apariencias, será mejor que todas las demas: tal es el consuelo, la esperanza, la fé serena y profunda del filósofo.

Las crisis de la humanidad se anuncian con tristes síntomas y siniestros fenómenos. Los pueblos que pierden su forma antigua aspiran á otra nueva, ménos clara á sus ojos, y que mas bien les ajita que les consuela, por las vagas esperanzas que les da, y las lejanas perspectivas que les descubre; solo es claro el lado negativo de las cosas, el positivo es oscuro. Lo pasado que se desprecia es bien conocido; lo futuro que se invoca, se halla cubierto de tinieblas. De ahí nacen esas turbaciones del alma que en algunos individuos, terminan con el escepticismo. Nuestro asilo inviolable contra la turbación y el escepticismo es la filosofía, que nos revela el fondo moral, y el objeto cierto de todos los movimientos de la historia, y nos da el conocimiento claro y seguro de la verdadera sociedad en su ideal eterno.

Si; hay una sociedad eterna, bajo formas que se renuevan sin cesar; todo el mundo se pregunta que donde va la humanidad, debiendo tratar mas bien de adivinar cuál es el objeto sagrado á que se encamina. Lo futuro puede sernos oscuro; pero, gracias á Dios, no lo es así lo que debemos hacer. Hay principios que subsisten y bastan para guiarnos por ese medio de todas las pruebas de la vida á través de los perpetuos cambios de las cosas humanas. Estos principios son á la vez muy simples, y de una inmensa consecuencia. El mas pobre de espíritu si tiene corazón humano, puede comprenderlos: contienen en su mas elevado desarrollo todos los deberes y obligaciones de los individuos y de los estados; y son primeramente, la justicia, el respeto inviolable que la libertad de un hombre debe tener por la de otro, y despues la caridad, cuyas inspiraciones todas vivifican las ríjidas lecciones de la justicia, aunque sin alterarlas. La justicia es el freno de la humanidad, la caridad es el estímulo. Quitando la una ó la otra, el hombre se para ó se precipita y conducido por la caridad, apoyado en la justicia sigue su

destino con un paso medido y sostenido. Ese es el ideal que se trata de realizar, en las leyes, en las costumbres y ante todo en el pensamiento y en la filosofía. La antigüedad sin desconocer la caridad, recomendaba sobre todo la justicia tan necesaria á las democracias. La gloria del cristianismo consiste en haber proclamado y extendido la caridad, esa luz de la edad media, ese consuelo de la esclavitud que conduce á la emancipación. A nuestros tiempos les toca el recoger el doble legado de la antigüedad y de la edad media, aumentando así el tesoro de la humanidad. Hija de la revolución francesa, la filosofía del siglo XIX se debe á sí misma el explicar en sus caracteres distintivos y colocar en su armonía necesaria, esos dos legados de la alma, esos dos principios diferentes, sagrados y verdaderos ambos, de la moral eterna.

(Traducción de la señorita A. F.)

EL MANANTIAL DE AGUA VIVA.

Tres caminantes se encontraron junto á un manantial que brotaba al lado de un camino. A orillas de la fuente habia un ancho vaso de piedra con esta inscripcion:

PROCURA PARECERTE A ESTE MANANTIAL.

Los tres caminantes, despues de apagar la sed, leyeron la inscripcion y se pusieron á discurrir sobre el sentido.

— Es un consejo, — dijo el primero, que parecia ser un rico mercader, por sus polainas de cuero y el fardo que llevaba al hombro — el agua va corriendo siempre aumentándose en el camino con mil arroyuelos que forman un rio, que nos dice con el ejemplo: Sé activo, no te detengas nunca, y así prosperarás.

El anciano que llevaba en la mano un libro, meneó la cabeza con aire de duda.

— Aquí hay una lección mas elevada, — dijo — esa fuente que está ahí para todos los sedientos, sin pedirles ninguna especie de retribucion, dice claramente á los hombres: Practica el bien por el bien mismo, y no busques ninguna recompensa exterior.

Los dos caminantes se callaron; el tercero guardaba el silencio. Era este un adolescente de cabellos rubios que se separaba por primera vez del lado de su madre. Sus compañeros le suplicaron que diese tambien su explicacion, y entonces exclamó bajando los ojos y sonrojándose algun tanto:

— A mí me dice otra cosa muy diferente la inscripcion de ese manantial. ¿De qué serviría el eterno movimiento de esa onda, siempre dispuesta á apagar nuestra sed, si estuviese turbia y corrompida? Lo que constituye todo su valor es su transparencia y claridad. El que procuremos parecernos á esa onda, no quiere decir que seamos diligentes ó pródigos, sino que conservemos nuestra alma bastante pura para que refleje como ese manantial de agua viva todas las flores de la tierra, y todos los rayos del cielo.

Hay dos clases de personas en nuestra sociedad, los médicos y los cocineros, que unos trabajan sin cesar en conservar nuestra salud y los otros en destruirla, con la diferencia de que los últimos saben mucho mejor lo que hacen que los primeros.

DIDEROT.

El hombre debe tener siempre algo que preferir á la vida, porque de otro modo esta le parecería larga y fastidiosa.

EL DILUVIO.



EDOUARD FRERE, DEL.

F. WIESNER SC.

MUSEO DEL LOUVRE.—El Diluvio, por NICOLAS POUSSIN.

« Esterminaré de la tierra todo cuanto el hombre ha creado; lo esterminaré todo principiando por el hombre y acabando por los animales, y hasta los insectos que se arrastran por el suelo y los pájaros que van por los aires, porque me arrepiento de haberlos creado. »

(GENESIS c. VI v. 5, 6 y 7.)

De estos versículos ha sacado Poussin el asunto para su cuadro. Propúsose pintar la tierra entregada á la destrucción, y debemos confesar que jamás ha salido de su pincel un pensamiento espresado con mas elevación y valentía.

Rotos los manantiales del abismo, las aguas que contienen cubren las llanuras invadiendo ya las montañas. El sol oscurecido por una atmósfera de lluvia, parece medio apaga lo; nuevos mares se extienden á través de los campos y en el recinto de las ciudades, y, como dice la Escritura, sus olas improvisadas sorprenden á los hombres comiendo y bebiendo. Todo lo que ha podido escapar á las primeras inundaciones, todo cuanto vive aun en la superficie de la tierra, busca un asilo en los picos mas elevados de las rocas, pero al ver el aspecto del cielo negro de nubes, y surcado por el relámpago, es fácil prever que las aguas crecerán mas y mas hasta que cubran las últimas alturas, postrer refugio de la vida.

En medio de esa naturaleza desolada se vé al hombre luchando con la muerte. El pintor se ha detenido con un arte admirable en el desastre universal que anonada la raza humana, representando, por decirlo así, sus periodos

sucesivos, sin violentar por eso la unidad jeneral de la composición. En esa barca que zozobra, un anciano en pié vé acercarse la muerte, y con las manos levantadas al cielo invoca por última vez el nombre de Dios; su hijo se precipita á él, le estrecha en sus brazos vigorosos y se prepara á luchar hasta lo último contra el furor de las aguas que bien luego deben sumerjirlo. — Otra barca acaba de tocar á tierra; un hombre se lanza á la ribera y trata de arrancar su familia á las olas cubiertas de despojos; inclinado sobre una roca, tiende los brazos á un niño que su madre apenas puede sostener en el aire. Un instante mas y la barca vacía flotará al acaso, y el hombre rodeado de su familia se creará en seguridad en la cresta de ese elevado pico, pero las aguas crecerán mas aun hasta que les falte ese punto de apoyo. — Todo va á perder; presente ó prevista, la muerte se vé por todas partes.

Poussin al reproducir esas terribles escenas, hace recordar su origen, con lo cual las presta un carácter de religión y de grandeza. En primer término, y en una roca desierta, nos muestra la serpiente huyendo de las aguas, uniéndose de este modo con el diluvio la tentación y la caída de Adán. La serpiente lucha velozmente contra las olas, pero no se librará de la muerte, únicamente no sucumbirá sino después del último hombre en esa misma tierra donde dominó.

Hecha la descripción precedente, creemos se leerá con algun interés esta anécdota que Bernardino de Saint-Pier-

re nos ha transmitido en su Ensayo sobre J. J. Rousseau: « Un día, dice, que estábamos hablando del diluvio del Poussin, Rousseau trataba de fijar mi atención en la serpiente que sube por una roca para libertarse de las aguas; después de haberle escuchado, le dije: — A mí me parece que en ese sublime cuadro hay algo más grande todavía, que es el niño que el padre entrega á su mujer en una roca, y el niño trata de subir ayudándose con sus patitas. El alma se siente conmovida en medio de esos crímenes de la tierra, de las aguas desencadenadas, de los rayos que caen á lo lejos, del espectáculo de la inocencia sometida á la misma ley que el crimen; lo mismo que el amor materno, mas poderoso aun que el sentimiento de la vida. — En óñces me contestó; sí, no cabe duda que es el niño, el objeto principal de ese gran cuadro »

MARIA LA LOCA.

¿Quién es esa pobre loca cuya mirada inmóvil y estraviada parece manifestar el dolor de un alma desgarrada?

No llora, pero de tiempo en tiempo deja escapar hondos suspiros; no se queja, pero su silencio manifiesta la calma de un mal que no tiene remedio.

La loca no pide nada al mundo ni á los hombres; ni el frío ni el aire pueden distraerla de sus pensamientos. El viento helado del invierno sopla á través de sus harapos en sus ajados hombros, y en sus mejillas se ve la palidez mortal de la desesperación.

Y sin embargo, hasta hace poco tiempo, la pobre María era una muchacha dichosa y risueña. El viajero que la ha visto en su posada, se acuerda bien de que en toda la comarca no había una joven más linda ni más alegre que María la loca.

Su alegría era tan comunicativa, que todos los huéspedes se ponían contentos cuando ella salía á recibirlos al umbral de la posada. Su corazón no conocía ese miedo ni terrores pueriles propios de la infancia, y María se hubiera atrevido á pasar por la noche junto á la abadía cuando mas fuerte silbaba el viento á lo largo de sus sombríos muros.

María debía casarse con el joven Ricardo á quien amaba; pero Ricardo era un perezoso y un tunantuelo, y los que le conocían, compadecían á la pobre María diciéndole que era una mujer demasiado buena para lo que él se merecía.

Era una noche de otoño sombría y tempestuosa; las puertas y ventanas estaban bien cerradas, y dos forasteros sentados á la lumbre fumaban en silencio, escuchando con cierto gozo interior los silbidos del viento que se oían por la parte de afuera.

— Es muy grato el placer, — exclamó el uno de ellos, — de estarse sentado con una buena lumbre, y oír el viento que silba en los campos.

— Buena noche para ir á la abadía, — repuso su camarada, — no creo que hubiera muchos que se atreviesen en este instante á pasearse un poco en esas ruinas.

— Por lo que á mí toca, temblaría como un chiquillo antes de hacerlo; el miedo me haría crédulo, y me imaginaria que se alzaban en mi presencia las sombras blancas de los frailes que duermen en sus sepulcros, porque hace un aire capaz de despertar á los difuntos.

— Apuesto una comida, — replicó el primero, — á que María se atreve á ir.

— Pierdes la apuesta, — contestó el otro con una sonrisa

irónica, — yo sostengo que á cada paso creará ver una sombra á su lado, y se caerá muerta de miedo con solo que distinga una vaca blanca.

— María no sufrirá que pongan en duda su valor, — exclamó su camarada sonriendo, — no, no perderé, porque sé muy bien que se halla dispuesta á hacerlo, y á ganar un sombrero nuevo, trayéndonos una rama del aliso que está junto á la pared vieja.

María aceptó la prueba intrépidamente y tomó el camino de la abadía; la noche estaba totalmente cubierta, y el viento soplabá con violencia barriendo las nubes: la joven temblaba de frío en el camino.

Siguió el sendero que conduce en derechura á las negras ruinas de la abadía; entró por la puerta abovedada, sin sentir el menor movimiento de pavor, y sin embargo las ruinas estaban tristes y desiertas, y la sombra que proyectaban parecía aumentar mas y mas la oscuridad de la noche.

Todo estaba silencioso en su derredor, escepto cuando una ráfaga de viento penetraba jimiendo en el viejo edificio; María, siempre firme, atravesó las ruinas cubiertas de musgo y llegó hasta lo último de la abadía donde crecía el aliso junto á la pared vieja.

La joven le agarró con alegría; alzóse para cojer una rama, y ya estaba para arrancarla, cuando le pareció oír el sonido de una voz humana; se detuvo y se inclinó á escuchar atentamente, y entonces su corazón principió á latir de espanto.

El viento silbaba fuertemente, conmoviendo las sonoras hojas de la yedra... al cabo de un instante no volvió á oír nada... el viento cesó... pero después el corazón se comprimó en su seno, porque oyó muy claramente un ruido de pasos que se acercaban.

Fria con el pavor y sin aliento, se deslizó detrás de una gruesa columna donde se ocultó. En aquel momento brilló la luna á través de las espesas nubes, y á su resplandor, distinguió dos asesinos con un cadáver que llevaban en brazos.

María sintió en aquel momento que su sangre se le helaba en las venas; el viento volvió á soplar con violencia, llevándose el sombrero de uno de los asesinos que, desgraciadamente, fué á parar, rodando, á los piés de la pobre María. La joven cayó esperando la muerte.

— ¡Maldito sea el sombrero! — exclamó un asesino.

— Déjalo, — repuso el otro, — y ante todo enterremos el cadáver.

María los vió pasar rozándose con ella; se apoderó del sombrero; el miedo la infundió valor, y echó á correr á mas no poder, á través de las ruinas de la abadía.

Corrió como una insensata hasta que llegó junto á la puerta; miraba en su derredor con ojos estraviados y llenos de espanto; sus cansadas piernas no pudieron sostenerla por mas tiempo, y sin fuerzas ni aliento, cayó al suelo sin poder proferir una palabra.

Antes de que sus descoloridos labios hubieran podido contar esta historia, sus ojos se detuvieron un instante en el sombrero... ¡Gran Dios! un movimiento convulsivo recorrió los miembros de la joven, y un terror frío desgarró su seno... apartó el sombrero horrorizada, porque acababa de leer en él el nombre de Ricardo, su prometido.

Cerca de la antigua abadía, y no lejos de la casa de la joven, se ve el lugar donde fué ajusticiado: el viajero lo vé y piensa, suspirando, en la pobre María la loca.

R. SOUTHEY.

CANTICOS POPULARES DE LA POLONIA.

EL ÁLAMO.

— Álamo lijero y elegante, ¿porque te muestras tan abatido? ¿Te ha helado el frío del invierno? ¿Acaso has padecido mucho con el viento del Norte, ó el torrenie ha robado la tierra á tus raíces?

— No, — responde el álamo, — no me ha helado el frío del invierno, ni he padecido con el viento del Norte, ni el torrente me ha llevado la tierra de las raíces. Los tártaros, venidos de lejanas comarcas, me han arrancado las ramas, encendiendo con ellas una hoguera en la yerba que me rodea. Y donde los tártaros encienden lumbre, la yerba queda agostada para siempre; donde se detienen no salen mas cosechas; los arroyos que atraviesan no sirven mas para dar de beber á los animales, y el dolor que causan sus flechas no se calma sino en la tumba. ¡Ah! De sus rejiones viene la maldición de Dios, el terror, el hambre y la peste. ¡Y sin embargo, de esa misma rejion viene tambien la clara y hermosa luz del sol!

EL CAMPO DE BATALLA.

La llanura está devastada por los piés de los caballos; los surcos de los campos se hallan sembrados de cadáveres, y el suelo todo inundado de sangre cristiana. En medio de los cadáveres un jóven polaco cubierto de heridas, siente las convulsiones de la muerte; mira en derredor suyo con ojos estraviados y no vé mas que los cuerpos sangrientos de sus hermanos.

Ni su padre ni su madre están á su lado para asistirle en su última hora; no tiene un amigo que le lleve á la tumba, vertiendo una lágrima sobre su feretro, ni que mande tocar la campana de la iglesia.

A lo léjos oye aun el galope de los caballos y el ruido de las armas. Los cuervos cruzan en los aires, cayendo de golpe sobre las víctimas de la guerra.

Una pobre madre desolada aspira el viento que viene de la llanura lejana, y esclama tendiendo los brazos hácia una nube pasajera: — ¡Oh! dime, dime, lijera nube, ¿has visto á mi hijo?

La nube responde: — Pobre mujer, he visto á tu único hijo en las riberas del Dniester; estaba solo, tendido en la húmeda tierra, y á su lado tenia á su caballo fiel. Cuando vi su pálido rostro, traté de protegerle contra los ardores del sol haciendo caer sobre su frente un fresco rocío, pero despues vinieron los cuervos que desgarraron sus miembros, y devoraron sus ojos azules.

El aprecio que hacemos de nuestras virtudes está en razon de lo que por ellas hemos padecido. Lo mismo sucede con nuestros hijos. Todo cariño profundo supone un sacrificio.

REGALO NOTABLE.

El diamante mayor del mundo va á ser presentado á la reina Vitoria. Fué encontrado habrá doscientos años en una viña que un patricio de Koh de-Noor estaba cultivando: el descubrimiento de esta piedra cuyas aguas son maravillosas y de una brillantez incomparable, dieron margen á encontrarse la mina que tanto producto ha dado á la compañía inglesa de Indias. Está valuado este diamante en 8,000 libras esterlinas: su peso varía, pues los indios tienen una manera peculiar de pesar estas piedras. La

reina lo quiere engastar en la corona británica despues de usarlo algun tiempo para que pueda ser admirado por toda la grandeza: su adquisicion ha costado el sacrificio de una tribu salvaje india que lo poseía y que todas las demas envidiaban. La guerra reciente de la India con los ingleses ha causado esta nueva adquisicion al gobierno de la reina Vitoria.

Un jóven indio á quien preguntaron que cuales eran, en su opinion, las dos cosas mas hermosas del universo, respondió: La estrellada bóveda del cielo sobre nuestras cazas, y el sentimiento del deber en nuestros corazones.

William Temple ha comparado la verdad con el corcho, que sobrenada siempre, por mas esfuerzos que se hagan para sumerjirlo.

El abuso que se hace de la palabra *necesario*, es causa de la ruina de muchas familias, y aun de la de muchos Estados. Los niños y los locos todo lo desean, todo les es necesario, y nunca saben distinguir las cosas. Se da una prueba de poco juicio, haciéndose una lista demasiado larga de cosas *necesarias*.

HALIFAX.

Para gozar de la soledad no solo es necesario salir de la sociedad de los hombres sino del interior de las casas. Cuando leo ó escribo, no estoy tan solitario que no haya alguien cerca de mí. Si queréis estar solo, levantad vuestros ojos al cielo. Los rayos que despiden los cuerpos celestes elevarán vuestra inteligencia mas allá de las cosas vulgares. Podria creerse que se ha hecho trasparente la atmósfera para que el hombre, por el espectáculo de los astros permanezca en relacion continua con lo sublime. ¡Cuán hermosos parecen los astros vistos desde las calles de una ciudad populosa!

Si las estrellas no se viesan mas que una sola vez cada mil años, ¡con cuanto fervor no se veria al jénero humano adorar y creer! ¡qué bien se conservaria el recuerdo de la ciudad de Dios, de jeneracion en jeneracion! y sin embargo todas las noches revelan á la tierra la belleza eterna con su hermoso y brillante resplandor!

EMERSON.

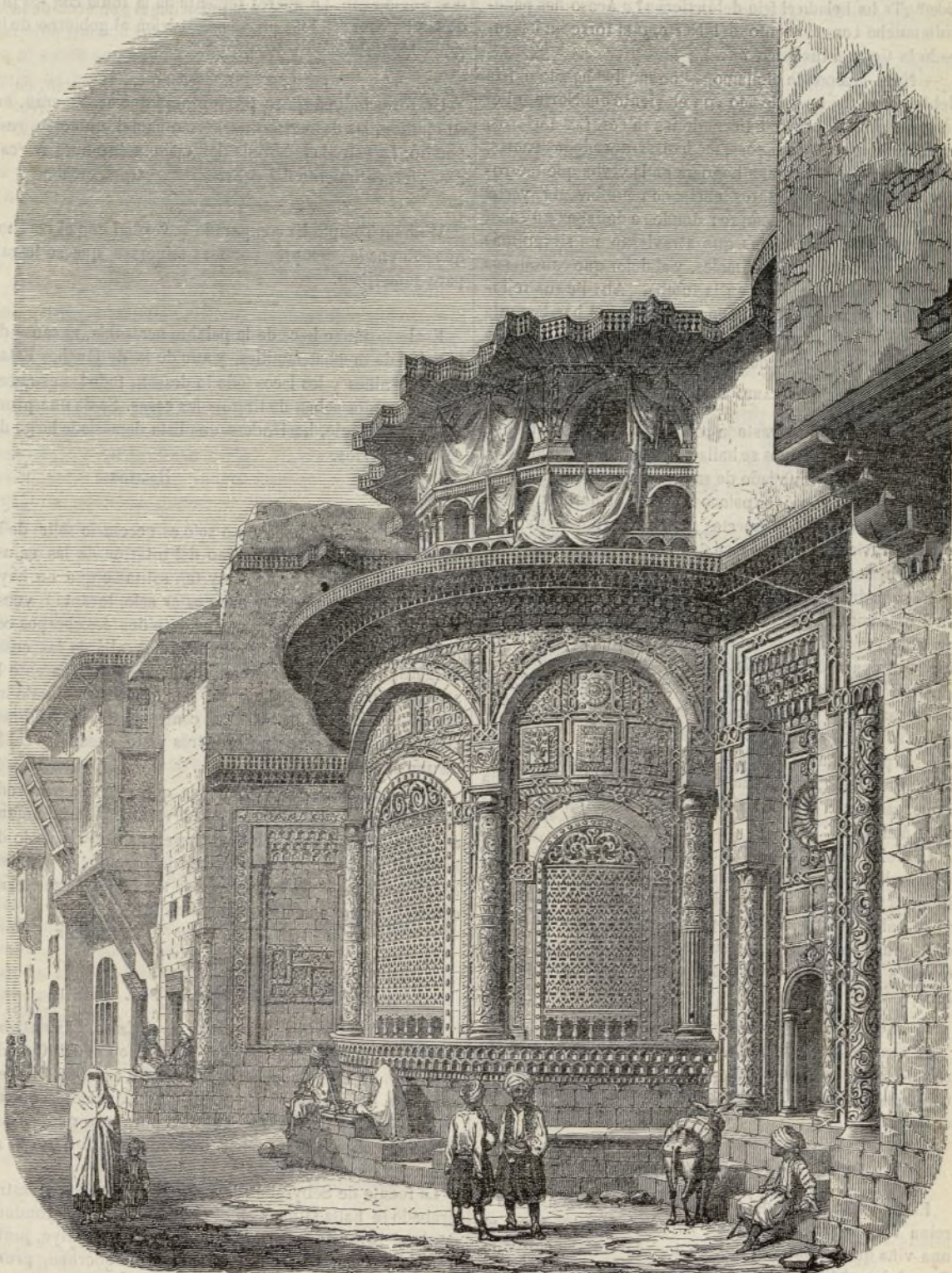
LAS FUENTES PUBLICAS DEL CAIRO.

Trescientas fuentes se cuentan en el Cairo, alimentadas por cisternas que se llenan por la inundacion anual. Cuando se agotan los receptáculos, se transporta agua del Nilo en camellos. Esos edificios son todos establecimientos de caridad; encima del agua delgada y pura con que se refresca el pobre, se eleva por lo comun un piso donde se halla una escuela gratuita.

La fuente de Seby-el-Bedaweh que representa nuestro grabado se halla situada en el *Soug-el-Ezzy*, que conduce desde el bazar de las armas á la plaza de Roumelye, junto á la ciudadela. Las inscripciones que la adornan, prueban que fué construida por orden de Sitty-Bedawyeh hija del emir Rochouan-Bey en el año de 1750, de nuestra era. Sitti Bedawyeh dejó muchos donativos perpétuos para abastecer de agua la fuente, conservarla en buen estado pagar á un maestro de escuela y vestir, el día de la fiesta

del Bayram á los niños pobres que aprenden en ella á leer la palabra de Dios.

La arquitectura de esta fuente presenta una solidez y riqueza que no se encuentra en los edificios de construcción mas moderna. Las columnas son de mármol esculpido y los adornos de las bóvedas que forman los grandes arcos que



La fuente de Sebki-el-Bedawieh, en el Cairo.—Dibujo de MARILHAT.

sostienen, están pintados y dorados; las rejas de las ventanas son de bronce; un sobradillo que sale hacia adelante, cubre de sombra el pilon, y protege contra el ardor del

sol á los que van á apagar su sed, sirviéndose para ello de las horterillas de bronce colgadas de la cadena de costumbre.